

Obra literaria, regularmente en verso, hecha con el objeto de reprender, censurar, criticar y ridiculizar los vicios, las pasiones desahogadas, las necesidades y las impertinencias de los hombres.

(Diccionario Nacional de Domínguez).

ENCOMIENDA.



DIARIO SATÍRICO, DE LITERATURA Y COSTUMBRES.

El conocimiento ó el estudio de las letras humanas en un sentido general.

COSTUMBRES.

Conjunto de buenas ó malas cualidades que forman el carácter distintivo de una persona ó de un pueblo.

(Diccionario Nacional de Domínguez).

NÚM. 15.

MIÉRCOLES 4.

JULIO.—1849.

AUTOR Y ACTOR

ó

EL TEATRO DE MI LUGAR.

(Episodio histórico).

(Continuación).

Con semejante anuncio, no hubo una sola persona en el lugar que no entrara en deseos de ver aquella función: *Imprudencia y Rabia: los degolladores horribles* y demás del título escrito en letras como sombreros, incitaban la curiosidad del mas estúpido.

Era ya la hora de abrir la puerta y todos rabiaban por entrar en el teatro, que se llenó en menos de lo que se dice: por supuesto nadie faltó de los que había; pero sin equivocarme contaría mas de cien cabezas públicas en toda la reunión, sin incluir las que estaban de telon adentro, por falta de sitio, y los actores y comparsas, aunque estos nada componían entre el público espectador.

—Pues señor, buen teatro! decía yo entre mí, repasando con la vista alrededor y elevándola al techo de lona, para el que era necesario un paraguas los días de lluvia: á poco comenzó la orquesta á templar sus instrumentos y yo me senté en mi silla, desde la cual giraba mi cuerpo en todas direcciones,

para observar el cuchicheo de los palcos y los señajos de la cazuela. La orquesta dió principio á su ofrecimiento, y todos se sentaron.

Después de un gran rato de música, entró un criado conduciendo un sillón muy grande de damasco, y lo colocó en medio del patio, debajo del reverbero; y poco después llegó Gilico Almendron, autor de la tragedia, seguido de otros dos que eran sus padrinos, llevando una bandeja con una corona de laurel: Gilico tomó asiento en el sillón, los padrinos le pusieron la corona y en seguida se retiraron, dejándolo ser objeto de todas las miradas y conversaciones.

Esta ceremonia estaba en uso entonces en mi pueblo con los autores de comedias, y quería demostrar que si por acaso el público no se mostraba justo con ellos al terminar el espectáculo, el Parnaso lo hacía antes, para dar el ejemplo, dando á entender que su corona valía mas que las coronas mundanas, lanzadas las mas veces por un espíritu de partido, y otros fines particulares.

Mientras duró este acto cesó de tocar la música, pero prosiguió después con mas fuerza, entusiasmado al público con sus hidrofóbicas sonatas: todo era animación y bulla en aquella terrible noche, porque no solo había la ansiedad del estreno de un hijo del pueblo, sino la composición de otro que no era menos apreciado.

Preparados se hallaban en el escenario todos los cómicos, los apuntadores en sus respectivos sitios, y el Sr. Maestro presidiendo en el que le estaba destinado por su clase: pero entre todos, el que mas sobresalía, era el joven Vulgarejo, que abrazado de sus parientes, cual en día de sorteo de quintas, llamaba la atención de cuantos le miraban, mientras que el joven Gilico, repanchigado en su sillón por la parte de afuera, recibía los parabienes que son consiguientes en tales casos.

Por último, sonó el tremendo pitazo y desapareció el biombo. La tragedia había empezado.

Vulgarejo en el papel de Benjamin no debía presentarse hasta la tercera escena de la primera parte, y su salida era muy difícil, pues representaba haber cometido un asesinato en aquel momento, llevándolo en sus manos el arma fatal.

Con efecto, apareció á los ojos del público en situación que agradó sobre manera, no pudiendo menos de aplaudirle en consideración también á que aquella era su primera tentativa.

El joven Vulgarejo á pesar de todo salía un poco convulso, pero aquellos aplausos le estimularon, y tomando buen aliento y mejores bríos siguió trabajando con asombro de los que le escuchaban.

Terminada felizmente esta primera parte, volvió á presentarse en la segunda; pero la escena se había trocado completamente. Benjamin debía presentarse en casa de Hércules á exigirle una especie de satisfacción, y al observar el público la arrogancia y denuedo con que ejecutó este paso delante de todo un Hércules, las manos eran pocas para aplaudir á Vulgarejo.

Pero aquí de la peripecia: sus padres que se hallaban entre bastidores y que habían llorado de gozo al contemplar el buen éxito de la primera parte, rompieron ya en la segunda los diques de su entusiasmo, y se lanzaron despechados á la escena, sin haber quien los contuviera; colgándose del cuello de su hijo en los momentos que el público aplau-

día con mas frenesí.

Cual no sería el alboroto, la gritaría y al mismo tiempo la sorpresa de los espectadores al ver salir aquellas dos exóticas fachas tan extrañas á la representación, cualquiera puede figurárselo. Mas en medio de todo, el hecho no hubiera dado tanto ruido si retirados inmediatamente de la escena, la representación no se viera interrumpida; pero no había fuerzas humanas que de allí los arrancasen.

—Hijo mío! hijo mío! hijo de mi corazón! exclamaban en desaforados gritos los dos ancianos.

—Fuera esos zánganos! voceaba el público indignado.

—Si: si! ya nos vamos contestaban ellos dirigiéndose á los espectadores. —Ustés disimulen, señores; pero es nuestro hijo y le queremos mas que á nuestra vida.

Por fin á fuerza de las mayores violencias, lograron meterlos dentro, colocándolos por orden del Sr. Maestro del teatro, junto á un centinela que no los dejara moverse. La representación siguió y concluyó aquella parte sin ocurrir nada notable, lo mismo que en la siguiente. Pero llegó la cuarta que tiene por título *Todos callan*, y en ella fue donde el joven Almendron desplegó todo el lleno de su capacidad poética y profundos conocimientos, haciendo realmente callar á los actores, pero no al público, quien no pudiendo entender aquella pantomima se deshacía en maldiciones furibundas.

Yo no fui de esta opinión y aplaudí, pues en mis cortas luces me parecía que esta parte de la función era la única belleza que contenía, siquiera por la feliz ocurrencia de dejarlos á todos mudos.

Procedióse pues al acto 6.º y el nuevo actor volvió á presentarse en escena recojiendo numerosos aplausos, cuyo eco iba á resonar en el corazón de sus padres que ansiosos de contemplar mas de cerca al hijo que les había dado el cielo, hacían mil esfuerzos por sustraerse de la vigilante centinela.

Hubo un momento en que ya casi estuvieron á punto de escaparse, pero llegó el Sr. Maestro por un lado y los cogió de la ropa obligándoles á ceder de su temerario empeño. *(Concluirá).*

REVISTA FUNERARIA.

OTRA VISION.

Tan afectado me tiene la proximidad del fin de mi *Encomienda*, y tan poseída está mi imaginación de la sensible despedida del alegre público con quien en cierto modo me habia identificado, que contra mi carácter naturalmente flemático y pachorrudo, y decidido cofrade del sosiego y la quietud, temo ahora se aproxime el momento de cerrar los ojos al sueño: pesadillas tremendas, visiones horribles se agolpan á mi mente con la mayor frecuencia: anoche apenas Orfeo se habia apoderado de mis enclenques miembros, encontréme en un espacioso y árido despojado: por de pronto no advertí que el lugar en que me hallaba, era mas respetable de lo que pudiera presumir, puesto que insensiblemente y como por encanto, se representaban á mi vista nada menos que sepulcros y mausoleos, cruces é inscripciones por todas partes: era un cementerio, era la sociedad que habia finado para mí: empecé á recorrer aquellos tristes monumentos, y sería imposible retener todo cuanto vi y leí: solo conservo en la memoria, entre el sinnúmero que allí habia, los siguientes

EPITAFIOS.

«In nómine patri, amen,
perpetuam in confitura.»
Dios te perdone, es un cura.

«Jugador de lotería.»
Dice esta losa maciza...
este murió sin camisa.

«Un preceptor de latin
yace en este triste suelo.»
No te rezo, subió al cielo.

«Un médico anti-latino
murió de gota serena.»
No andaba la cosa buena.

«Del teatro un gran autor
á aquesta losa ha bajado...»
O fué pobre ó condenado.

«En la mansion del averno
yace ya este comerciante...»
¿Y no es lo mismo el infierno?

«Del Cólera se murió
un infeliz que enterraron...»
No se murió, lo mataron.

«Un fray Sufras, yace aquí
que andaba mucho de tuna...»
Ya lo saben en la Cuna.

«En el purgatorio estoy
por haber sido embustero...»
Este fué mi zapatero.

«Con mil deudas me enterraron,
págalas, si eres humano !!...»
Dios socorra á usted, hermano.

«De picar carne vivia
el que goza del Señor...»
Sin duda fué sangrador.

«Aquí yace un gran actor
que supo juntar dinero...»
¡Qué grandísimo embustero!

«Juan el fondista murió
de una grandísima fiebre...»
Y daba gato por liebre.

«Ciento y diez años vivió
don Simon en grande calma...»
¡Bendita sea tu alma!

«Descansa aquí un profesor
que fué de Filarmonia...»
¡Qué alegre se moriría!

«En España fui ahorcado
porque robé una peseta...»
¡Miente mas que la Gaceta!

«Gerónimo el carnicero
es el que aquí se enterró...»
Pues este se condenó.

«Un mayorazgo eminente
yace en esta losa fría...»
Uf...! qué bruto que sería!

«De tripas se mantenía
el que ocupa este agujero...»
Sin duda fué relojero.

«Como estoy en el infierno
me encuentro desesperado.»
¡Qué sastre tan desgraciado!

«Doña Bibiana Lamprea
de sobre-parto murió....»
¡Y hace un mes que se casó!

«Alcalde de cárcel fui
cuando ejercia funciones...»
Este murió á maldiciones.

«Aquí enterraron de *gratis*
por no hallarle una calceta...»
Ya te conozco: poeta.

«Que yace aquí un escribano,
caminante, vé advertido...»
No rezo, tiempo perdido.

«Aquí yace un estudiante
que era mi mejor hermano...»
¡Buena llevará la mano!

«Pobre, misero, angustiado,
estafador, egoísta....»
Ay! mialo, que era carlista.

«Una matrona aprobada
yace en aquestas mansiones...»
Acabó de ver visiones.

«De tanto trotar en yegua
aqueste infeliz cayó....»
Eso mismo quiero yo.

«Niños sin piernas nacen
porque aprendí á zapatero...»
Dios guarde á usted, compañero.

«Que fui mujer y constante
sepa quien aquesto lea,»
El demonio que te crea.

«A diez mil quinientas varas
yace Juan Dei-pi-tu-rrea...»
Que venga el diablo y te lea.

«Tantas mujeres queria,
que llegue á formar Haren...»
Requiescant in pace, Amen.

«Aqueste procurador
murió en el pasado invierno.»
Sabia que iba al infierno.

«Tres años con mi consorte
viví en perpétua amistad...»
Nunca quise la mitad.

«Tan económica era
que aprovechaba la orina...»
¡Qué perfecta granadina!

«Una ochentona murió
de amor, y aquí esta enterrada,»
¡Qué mujer tan redomada!

«De tímido falleció
el que está enterrado aquí...»
Este se parece á mí.

«Don Juan Tontaina murió
porque no pudo casarse....»
Tampoco pudo salvarse.

«De mal que no es conocido
murió Emilia Escalante...»
Esta murió de constante.

«Caminante, este marido
murió de puro celoso...»
No queria hacer el oso.

«Aquí yace un relator,
un portero, un demandante,
un cómico, un ayudante,
un cura y un provisor.
Un sacristan, un tambor,
tres legos, un magistrado,
un boticario, un letrado,
un canónigo y un...» ¡Cuerno!
¡Con decir que era el infierno
estaba pronto acabado!

—Mi amo, el cajista está ahí.

—Y qué quiere?

—Original para llenar un hueco.

—Canario! Si nos dejará alguna vez en
paz! Dile que no estoy de humor, si le falta
material que tome un poco cascajo del
que estorba en esa calle el paso del público,
contra el bando de buen gobierno.

Granada. - 1849. - Imprenta de los Sres. Astudillo y Garrido.